

576
~~18~~

REPUBLICA DE COLOMBIA

Departamento de Antioquia

BIBLIOTECA DE ZEA

MEDELLIN

94

DESCARTADA

86.0 (83) (05)



La estrella de Chile
abril 1875 - n.º 392

ESCENA X.

REPNN, HUBERTO, RAUNTENFELD, GUARDIAS (*Entran por el foro.*)

REPNN. (*Sentado.*) Ah, sois vos señor de Czartoryski; mucho tiempo ha que deseaba veros. Servios tomar asiento.

HUBERTO. (*De pié.*) Príncipe Repnin, os pido justicia. Invadida mi casa, vuestros soldados han arrancado violentamente personas que debian respetar: mi esposa, mi hija, arrastradas como malhechores por las calles de Varsovia, han sido conducidas a este palacio. Yo invoco vuestro honor i vuestra caballerosidad i os pido justicia, príncipe.

REPNN. ¿Justicia, pedis? . . . la tendreis, señor duque, la tendreis entera i cumplida. Pero, servios tomar asiento.

HUBERTO. (*De pié.*) ¿Con qué derecho se viola el sagrado santuario de la familia, asaltando, a la media noche, como bandidos, una casa indefensa i de apacibles ciudadanos? . . . ¿Son estas las garantías que nos brindara vuestra constitucion? . . . ¿Son estas las promesas que, mil veces, nos ha hecho Catalina II, de velar por la tranquilidad i bienestar de los hijos de Polonia?

REPNN. Por la tercera vez os suplico os sirvais tomar asiento.

HUBER. ¡Paz! ¡tranquilidad! horrible sarcasmo con que un tirano cruel trata de encubrir las vergonzosas maquinaciones de que cada dia somos víctima. ¡Ah! Repnin, Repnin, es en vano que trateis de ocultar, con una máscara de hipocrecía, el veneno que destila vuestra alma. Mirad en torno vuestro: miles de cadáveres claman al cielo venganza, miles de desgraciados, sin techo i sin hogar, vagan desnudos i hambrientos. Temblad, príncipe, temblad; una gota de sangre mas, una lágrima sola vertida por vuestra causa i Dios omnipotente descargará su tremenda justicia sobre vos.

REPNN. (*Con ironía.*) Rauntentfeld, servios traer un vaso de agua a monseñor.

HUBER. (*Saltando sobre él.*) ¡Miserable! yo te he de estrangular.

REPNN. ¡Demonios! (*Los soldados se echan sobre Huberto.*) Qué impaciente sois duque Huberto; como una fiera os habeis arrojado sobre mí; ¡cáspita! que teneis un brazo vigoroso i ¡a fé mia! que no sabrian a rosas, por cierto, los mandobles que, sin duda, prodigaríais en Dubienka. (*A Rauntentfeld.*) Capitan, servios presentar al señor duque los papeles que ayer yo os confiara. (*Rauntentfeld entrega a Huberto un rollo de papeles.*)

HUBER. ¡Estos papeles ¿qué significan? ¿qué contienen?

REPNN. Leed, duque, leed.

HUBER. (*Aparte.*) ¡Las cartas de María! . . . Estoy perdido.

REPNN. ¡Bien ¿reconoceis esas cartas? . . . (*A Rauntentfeld.*) Capitan, introducid a la esposa e hija de monseñor.

HUBER. (*Deteniendo a Rauntentfeld.*) Una palabra, príncipe, una

palabra. Creo que a nadie se le puede echar en cara como un crimen, el que haya puesto su espada, su fortuna, su vida, en defensa de su patria. Apelo a vos mismo señor: la Polonia estaba despedazada, un enemigo cruel i sin piedad, talaba nuestros campos, incendiaba nuestras casas, pillaba nuestros hogares; nuestras madres, nuestras hijas, nuestras esposas, vejadas, maldadas i bárbaramente martirizadas clamaban misericordia. El déspota oía aquellos lamentos, veía aquel destrozo, escuchaba aquellos quejidos capaces de ablandar las mismas piedras i, sin embargo . . . ¡no hubo piedad! Las furias infernales habian desencadenado sobre la pobre Polonia enemigos implacables: era preciso morir ¿i bien? como un solo hombre, la Polonia entera se puso de pié para esperar a sus verdugos; yo, como todos, corrí a alistarme entre las filas de los patriotas que, por millares, sucumbian en los campos de Choczim, Azof i Bender. Ahí teneis mi crimen, príncipe Repnin; ahí teneis lo que os habrán revelado esas cartas, cartas sagradas que debíais haber respetado. Sin embargo, me atrevo a creer que aun queda en vuestra alma una chispa de piedad; pues bien, yo os pido que salveis a mi esposa, que salveis a mi hija. Mandad cortar mi cabeza, en seguida, si quereis; yo nada tengo que alegar en mi defensa; pero, ellas, salvadlas príncipe; vos lo podeis; salvadlas i moriré bendiciéndoos.

REP. (A Rauntentfeld.) Capitan, introducid a las acusadas. (Vase Rauntentfeld por el foro.)

HUBER. ¡Qué! . . . ¿acusadas?

REP. (Levantándose.) Sí, duque, acusadas de conspirar contra la paz del imperio favoreciendo a los que, como vos, sin cesar promueven revueltas i sediciones.

HUBER. I ¿acaso una esposa, una hija podrán dejar de amparar i de favorecer al que es la vida de sus almas, el alma de sus propias vidas?

ESCENA XI.

DICHOS, MARÍA, MARGARITA, RAUNTENTFELD.

MARÍA. ¡Huberto!

MARG. ¡Padre mi!

HUBER. ¡María! . . . ¡Margarita!

REP. (Sentado.) Os he hecho venir, señora, porque sé cual es el poderoso dominio que ejercen una esposa i una hija. Lo que la persuasion, los ruegos, las amenazas no pueden alcanzar, muchas veces se obtiene con una mirada, una lágrima, una sola palabra.

MARÍA. ¿Qué quereis decir?

REP. Supongo no será un misterio para vos, la sentencia

fulminada contra todos los que hicieren armas o ampararen a los enemigos de Catalina II, mi grande i augusta soberana. Ahora bien, el señor duque ha sido sorprendido con las armas en la mano; sobre su casaca brillan los galones de coronel del ejército rebelde. Por otra parte, en vuestra casa se han encontrado cartas i papeles que lo comprometen altamente i, luego, él mismo ha confesado lo que, en las circunstancias actuales, es reputado por el mayor de los crímenes. Pesa, pues, sobre él una sentencia tremenda está condenado a muerte.

MARÍA. ¡A muerte!

MARG. (*Cayendo desmayada.*) ¡Ah!

MARÍA. (*Recibiéndola en sus brazos.*) ¡Hija mia! ¡Margarita!

HUBER. ¡Bárbaro!

REPÑIN. (*Levantándose.*) No es este el momento de vanas recriminaciones, ni de inútiles quejas. Señora duquesa, ya os lo he dicho, vos sois la única que podeis salvar la vida a vuestro esposo.

MARÍA. ¿Yo?

REPÑIN. Sí; conseguid de él os entregue los nombres de los principales jefes del ejército de Kosciusko i todos saldreis, al punto, en libertad.

HUBER. ¡Miserable! I ¿crees tú que yo seria tan vil i tan cobarde que llegase a infamarme de tal manera?

MARÍA. Nunca, Huberto, nunca: ántes la muerte.

REPÑIN. Pensad bien lo que decis, señora duquesa.

MARÍA. Apelaremos al rei.

REPÑIN. El rei solo hará lo que exija Nicolas.

MARÍA. El rei hará lo que mande la nacion.

REPÑIN. (*A Rauntenfeld.*) Capitan, conducidlos al convento de San Anselmo i encerradlos en el torreón de Wola. (*A Huberto i María.*) Antes de pocas horas se habrá decidido de vuestro destino.

MARÍA. Margarita, Margarita, vuelve en tí; soi yo quien te habla, yo, tu madre.

HUBER. (*Aparte.*) ¡Oh! yo siento que se me despedaza el corazón. Dadme valor, Dios mio.

MARG. (*Volviendo en sí.*) I mi padre, mi padre ¿dónde está?

HUBER. Aquí, a tu lado, Margarita. (*Besándola.*) ¡Pobre hija mia!

REPÑIN. (*A Rauntenfeld.*) Capitan, obedeced.

RAUN. Señor duque

HUBER. Estamos a vuestras órdenes.

MARG. Pero ¿a dónde, a dónde nos llevan?

REPÑIN. A la muerte.

MARG. ¡A la muerte!

HUBER. ¡Cruel!

MARG. (*A los piés de Repñin.*) ¡Oh señor, apiadaos de mi padre, apiadaos de mi madre! ellos son inocentes, os digo que son

inocentes. Pero ¿qué, señor, permaneceis mudo?.... ¿no contestais?.... ¿acaso no teneis hijos tambien vos?.... ¿acaso no habeis amado nunca?.... ¿no habeis tenido un padre i una madre como yo?....

REP. (A Rauntenfeld.) Partid, capitan, partid.

HUBER. Margarita, esposa mia, venid ámbas, aquí, junto a mi corazon; dejad que os estreche contra mi pecho: es preciso tener valor; corto será nuestro sufrimiento; algunas horas mas.... i el ángel de Polonia habrá ceñido nuestras sienes con la inmarsecible corona de los mártires.

CAE EL TELON.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

UN SOLDADO COMO POCOS.

(EPISODIO DE LA CONQUISTA.)

I.

Terminaba el año de 1583.

La porfiada guerra contra los araucanos, que tanta sangre habia costado ya a los españoles, volvía a encenderse despues de una breve tregua, solicitada por ámbos combatientes para reparar sus pérdidas, aprovisionar sus campos, rehacer sus huestes i apercibirse para una nueva lucha.

Los indios, señores de los fértiles territorios comprendidos al sur de Valdivia, no cedían un solo palmo de terreno a los invasores, sino al precio de torrentes de sangre derramada por unos i otros en los campos de batalla.

Los españoles, por su parte, acostumbrados al triunfo, no lidiaban con ménos brios i tenacidad, resueltos como estaban a apoderarse de toda la tierra, asegurando para siempre en ella el dominio de la corona de España.

La guerra era, pues, lo que tenia que ser necesariamente: larga i encarnizada.

Sin embargo del estado belicoso de los naturales, la ciudad de Valdivia i sus alrededores permanecian sosegados.

Los indios que habitaban ese punto del territorio se habian sometido en parte a las armas españolas i los demas, abandonando sus hogares, habian ido a juntarse con sus compañeros para defender en comun el suelo de la patria.

II.

La ciudad de Valdivia era entónces una pequeña aldea, edificada de prisa i guarnecida en su parte exterior de fosos i palizadas, como una plaza de guerra.

Custodiábala don Luis de Sotomayor, hermano de don Alonso, el gobernador, con una reducida fuerza de soldados españoles.

III.

Serian las ocho de la mañana de un hermoso día de noviembre.

Los campos estaban cubiertos de verduras i de flores.

A lo léjos se dibujaban los suaves perfiles de las montañas sobre el diáfano azul de los cielos.

En la naciente poblacion se notaba un movimiento inusitado.

Los hombres i las mujeres discurrían por las calles, los soldados aprestaban sus armas i sus cabalgaduras i los *yanaconas* acarreaban grandes canastos de víveres.

Era fácil comprender que alguna novedad ajitaba en aquellos momentos a los moradores de Valdivia.

Entre las personas que se agolpaban a las puertas de la posada de don Luis de Sotomayor, era de notarse un soldado de aventajada estatura, jóven i bizarro, que iba armado hasta los dientes.

No habia mas que mirarle para comprender que aquel hombre era de la raza de los conquistadores, valiente, intrépido i atrevido; de aquellos cuya fortuna está siempre en la punta de la espada.

Llamábase, porque aunque soldado era hidalgo i bien nacido, don Cristóbal de Morales; i era tenido como “uno de los mas famosos de todo Chile.” (1)

Al verlé uno de los que custodiaban la puerta, le dijo cortesmente:

(1) Mariño de Lovera.

—Dios os guarde don Cristóbal.

—I a vos, respondió Morales.

—¿Buscáis al coronel?

—Sí que le busco, seor soldado, i gran merced me otorga
si me permitiéseis verle, porque estoi de prisa. riais

—Entrad, pues.

—Gracias.

I Morales penetró hasta la estancia de don Luis de Sotomayor.

Hallábase éste de pié, apoyada la diestra sobre el pomo de su espada i la siniestra sobre una mesa, en actitud de dictar órdenes.

Era varonil i marcial su continente, su estatura proporcionada i su fisonomía llena de gravedad e intelijencia.

Sus soldados le querian i le respetaban por la bondad de su carácter i por su valor indomable.

Era, como hemos dicho, hermano menor del gobernador don Alonso.

—I bien, querido Morales, dijo dirijiéndose al que acababa de entrar; ¿siempre persistís en ir a la guerra?

—Sí, señor, i vengo a suplicaros me otorgueis vuestra vénia.

—Reparad bien, don Cristóbal, en el estado en que os encontráis: todavía no habeis curado bien vuestras heridas. . . .

—La mas grave de todas ellas, señor, solo podré curarla con la sangre enemiga. . . .

—¿Cómo? . . .

—Sí, señor, esa herida es la mas dolorosa i la mas cruel, por que ha sido hecha aquí, en el corazon.

—¡Ah! comprendo: estais enamorado i. . . .

—Deseo vengarme.

—¿De vuestra dama? Reparad don Cristóbal en que eso no es propio. . . .

—De ella nó, señor: de los que la asesinaron. . . .

—¿La asesinaron?

—¡Sí, señor, la asesinaron cobarde i alevemente! ¡No tuvieron piedad de una débil mujer, de una pobre niña!

—I sus asesinos ¿quienes son? Decídmelo, don Cristóbal, i os juro, por mi nombre, que se os hará cumplida justicia.

—Sus asesinos, señor, son los enemigos de Dios i de Su Majestad: los indios araucanos. . . .

—¡Ah!

—Ellos la mataron. Favorecidos por las tinieblas de la noche i arrastrándose como serpientes, se aproximaron a Cañete, cuya guarnicion se hallaba entregada al reposo. Uno de los centinelas fué muerto ántes de dar la voz de alarma a sus compañeros. Cuando éstos despertaron sobresaltados con el ruido i se aperci-
bian para el combate, los indios tomaban vergonzosamente la fuga llevándose algunos cautivos.

La desgraciada i hermosa hija del capitán Vargas, doña Ines, que salia en esos aciagos momentos a la puerta de su posada para enterarse de lo que sucedia, fué arrebatada por los paganos i conducida quién sabe a dónde.

Al amanecer del siguiente del dia, cuando los nuestros seguian la pista de los asaltantes, apareció el cadáver de doña Ines, horriblemente ensangrentado, en la falda de la montaña vecina. . . .

—Pues bien, don Cristóbal, razón teneis para ir a la guerra, dijo don Luis de Sotomayor. Partid i que el cielo sea en vuestra ayuda.

IV.

El gobernador don Alonso de Sotomayor se hallaba en *Gualqui*, punto situado en el territorio araucano, con toda su jente de guerra.

Habiendo determinado emprender una nueva i decisiva campaña contra los indios, hizo nuevo nombramiento de oficiales. En lugar de su hermano don Luis, que partia para España a dar cuenta del estado de las cosas de Chile i solicitar nuevos socorros, dió el oficio de coronel a Francisco del Campo. Para reemplazar a éste nombró de maestro de campo al sarjento mayor don Alonso García Ramon, señalando en su lugar a Tiburcio de Heredia, i a Campo Frio de Carvajal por alférez jeneral de su ejército.

Organizadas las fuerzas de esta manera, salió a campaña por las tierras de *Guadaba* i *Mareguano*, en donde hizo “admirables suertes en los indios.” (1)

“Como se pasasen algunos dias sin haber un indio a las manos para saber dél donde estaba el campo contrario, salieron cuatro soldados a correr las haldas de *Catirai* con deseo de topar alguno.”

Uno de estos cuatro soldados era precisamente don Cristóbal de Morales. Impaciente de medir sus armas con los indios i deseoso de tomar venganza de ellos, por la muerte de doña Ines, habia solicitado i obtenido el puesto mas peligroso del ejército.

La triste imájen de doña Ines no se borraba de su pensamiento.

Don Cristóbal creia verla, en medio de su desesperacion i de sus lágrimas, arrancada violentamente de su casa, en la oscuridad de la noche, para saciar en ella sus mas brutales apetitos, i despues le parecia contemplar, tendido sobre el suelo de la montaña, su cadáver pálido i ensangrentado! . . .

(1) Mariño de Lovera. Todo lo que sigue entre comillas es copiado de este cronista.

¡El pobre Morales sufría atrozmente con este recuerdo!

Este pensamiento le despedazaba el corazón.

Había amado a Ines con locura i la había dado palabra de esposo.

Morales se separó de sus tres compañeros i emprendió solo la subida del Catirai, por una de sus faldas.

Iba talvez entregado a sus tristes recuerdos.

De repente sintió que su corcel se detenía espantado.

Echó la vista a su alrededor i, en el fondo de una quebrada próxima, divisó a un indio que se ocupaba en desollar un caballo para hacer de sus nervios cuerdas para su arco.

Morales dió un brinco sobre su silla, i clavando espuelas se puso brevemente donde ámbos pudieran oírse.

“Viéndole el indio tan cerca, le dijo:

— “¡Apéate, perro, de ese caballo.”

Al oír este apóstrofe don Cristóbal sintió que la sangre le afluía al corazón.

El indio agregó:

— No temo tus armas, pero tampoco quiero tener ventaja alguna sobre tí. En este terreno no se puede pelear a caballo, i fuera cobardía de mi parte no advertírtelo.

— “¿I no tienes vergüenza, perro, de ponerte delante de mí que soi Morales, el español?”

— “¿I tú no tienes vergüenza de hollar mi tierra i pasar por delante de mis ojos, ni aun por distrito de mi patria, siendo yo vivo? ¿No sabes tú que yo soi maestro de campo de toda esta tierra, i me llamo Mellinango, que quiere decir *cuatro leones*?”

“Oyendo esto Morales se bajó del caballo e hincando la lanza en tierra, lo ató en ella de las riendas i partió para el indio, poniendo mano a su espada.”

Aquel indio le causaba un furor indescriptible; la sangre hervía en sus venas al escuchar sus palabras insolentes, pero lo que hizo estallar su cólera fué una rápida idea que cruzó por su mente al oír el nombre de Mellinango.

Mellinango se llamaba el cacique que dirigió el asalto sobre Cañete. ¡Mellinango había sido el asesino de Ines!...

“Ya el indio había tomado su lanza que era de treinta palmos i la tenía terciada de suerte que llegando el español a tiro hizo un bote con ella, con que lo pasara de banda a banda, si el soldado no fuera tan diestro en rebatirlo con la espada, desviándose tan lijeramente, que le ganó la punta de la lanza, i cerró con él tirándole una estocada que fué como dar en peña porque la defendió un peto de cuero crudo que traía, i siendo todo en un pensamiento se abrazaron los dos con grande furia, excediendo el indio por mas de tres dedos de cuerpo al español que era bien alto i fornido.

“I pareciéndole al bárbaro que él estaba mas suelto se dejó caer por la ladera llevando aferrado al español, i así fueron ro-

dando abrazados los dos mas de cuarenta estados hasta un lugar que era algo llano, sin dejar el indio la lanza por mas vueltas que daba.

“I quiso su ventura que acertase a caer sobre el cristiano, mas como no tuviese instrumento acomodado para matarlo, le echó un bocado en la garganta, aferrando los dientes en ella tan tenazmente, que ya el otro echaba la lengua de fuera i estaba agonizando.

“Pero, con las ansias de la muerte, extendió la mano i sacó un cuchillo que traia metido entre la pierna i la bota (como es costumbre) i con él dió siete puñaladas al indio por la barriga dejándole muerto i quedando él tan aturdido, que no acertaba a quitarlo de sobre sí.”

“Conocí yo a este soldado, agrega el cronista de donde hemos copiado la última parte de esta aventura, i ví las señales que traia i trae hasta hoi de los dientes que le clavó el indio.”

Cristóbal de Morales habia comenzado a vengar la muerte de doña Ines.

Mellinango su raptor i asesino habia dejado la vida entre sus manos.

J. RAMON BALLESTEROS.



LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCIÓN HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

INTRODUCCION.

Voi a narrarte con afan prolijo,
Benévolo lector, una leyenda,
I ¡quiera el cielo que te agrade tanto
Que no te canse la lectura de ella!

Corria el año de ochocientos cinco
Sin que nada notable aconteciera,
A no ser el principio de mi historia
Que en agosto de ese año es cuando empieza.

Llegó a Santiago, capital de Chile,
Un jóven español, segun se cuenta,
Con recomendacion para un sujeto
De posicion brillante i rica hacienda.

Don Diego Antonio de Ferrol se llama
El que recomendado a Chile llega,
I don Juan de los Lagos, el magnate
A quien don Diego Antonio se presenta.

Era don Juan un hombre que contaba
Por lo ménos sesenta primaveras,
Que pasaba la vida mas tranquila
Que imaginarse mis lectores puedan.

Que fué en su juventud un hombre activo
La fama a voces por do quier lo cuenta,
I gracias a su empeño en el trabajo
Pudo afanoso acumular riquezas.

Una vez con fortuna, en matrimonio
Se le ofrecian damas por docenas,
I la mas jóven elijió al momento
Cuando él contaba ya mas de cuarenta.

De tan feliz enlace a los diez meses
Nació una niña tan graciosa i bella,
Que hubiera vuelto loco de contento
Al magnate don Juan, si la chicuela

Por desgracia, al nacer, no hubiera dado
Muerte a la madre que le dió existencia;
Con lo cual el ricacho quedó viudo
Llorando largo tiempo tan gran pérdida.

En sus horas de angustia casi siempre
Dirijia sus pasos a la iglesia,
I allí, de hinojos con fervor alzaba
Preces al cielo por calmar su pena.

Por la noche en su casa mantenía
Tertulia de malilla, i una vieja,
Esclava de don Juan, sabroso mate
Brindaba a los tertulios con presteza.

Así el viudo pasó por largo tiempo
Hasta que su hija, en fin, su dulce Elena
De la florida edad de los quince años
Radiante de placer llegó a las puertas.

Entónces dijo para sí el ricacho:
“Ya mi niña va estando *casadera*,
I es necesario por do quier lucirla,
I no perder jamas ninguna fiesta.

“Yo la idolatro i, como tal, no quiero
Tenerla aprisionada entre las rejas,
Porque no basta el paternal halago
A una niña de quince primaveras.

“Tampoco es mi intencion buscarle novio;
Me agrada mucho mas que lo elija ella,
La juventud por el amor se guia,
I a un viejo siempre la ambicion lo ciega.”

I desde entónces fué constante amigo
De Muñoz i Guzman, de tal manera
Que pasaba en palacio i lo juzgaban
De gran influjo para toda empresa.

Por ese tiempo fué cuando a Santiago
Arribó el español, de que dí cuenta,
El cual (para abreviar) tuvo la suerte
De captarse el amor de doña Elena.

Era Elena, lector, una muchacha
De ojos de cielo i de doradas trenzas,
Graciosa en el andar, de piés pequeños,
Ancha de espalda i de cintura estrecha.

El color de su tez era tan albo
Como el blanco boton de una camelia,
I sus rosados i risueños labios
Atesoraban delicadas perlas.

Mostraba al sonreir tan dulce niña
Un lindo hoyuelo en su mejilla izquierda,
Cerca del cual, al labio provocando,
Un pequeño lunar grabó su huella,

Pequeño en realidad, pero mui grande
Por sus efectos, pues, la historia cuenta,
Que no hubo un hombre, por aquellos tiempos
Que al ver ese lunar no enloqueciera.

Tal fué la niña que el feliz don Diego
Pudo rendir de su cariño en fuerza,
I a quien pudo llamar su cara esposa .
Doce meses despues de conocerla.

Casado ya Ferrol, en compañía
De don Juan i su linda compañera,
Al sur de Chile dirijió sus pasos
Por atender mejor sus pertenencias.

Allí en la dulce soledad del campo,
Al plácido compas de una vihuela,
Entonaba Ferrol brillantes coplas
Que con usura devolvía Elena.

Así pasaron, pues, gratos instantes
Sin que nada el placer interrumpiera,
Que en la morada del amor sincero
Con trabajo el dolor imprime huellas.

TUCAPEL.

El sublime cantor c nació en Reggio,
Al describir de Orlando las proezas,
Nos pinta con sonoro i fácil verso
La veloz rapidez con que por tierra,

Por los mares tambien i por los aires,
Siempre arrastrado por la linda Anjélica,
I sujeto al poder de un nigromántico,
Variaba de lugar con ansia extrema.

De igual suerte, lector, sin apropiarme
De ningun hechicero la gran ciencia
Un salto doi tambien, salto tremendo,
Porque así lo requiere mi leyenda.

Despues de trascurridos varios años
Alzo el telon con variedad de escena,
Te presento los bosques araucanos
Con su salvaje i sin igual belleza.

Esos bosques inmensos, donde augusta
La dulce libertad airosa impera,
I esos valles floridos do el *copihue*
Sobre el ancho Imperial sus flores cuelga

Tal cuadro te presento, si te agrada,
Sigue, lector, honrando mi leyenda:
Como primer ensayo no es gran cosa;
Paga esta confesion con tu induljencia.

Es ya de noche, tras lejana loma
La luna asoma su fanal de plata,
I en los cristales de la mansa fuente
La dulce frente con placer retrata.

Como gigante que contempla airado
Todo humillado sobre la haz del suelo,
El Ande patrio, sobre la alta cima,
Nieves encima por tocar al cielo.

Bajo las ramas del jentil boscaje
Húmedo encaje que bañó el rocío,
Tranquila duerme golondrina errante
Nuncio constante del ardiente estío.

Frescas i hermosas las menudas flores
Brindando olores con las auras juegan,
I en los remansos de las claras fuentes
Todas sonrientes sus corolas riegan.

En medio de esta noche i bajo un bosque
Que con sus linfas baña el Biobio,
Se divisan cien grupos de guerreros
Por los alrededores esparcidos.

Al notar el calor con que discuten,
I el fuego de sus ojos, i el altivo
Ademan con que accionan, bien se alcanza
Que grave asunto los juntó en tal sitio.

De pronto todos en silencio quedan,
I todos a la vez abren camino
A dos guerreros que, segun la fama,
Son en Arauco, con razon temidos.

El uno es Tucapel, noble cacique
De fuerza hercúlea i de tan grandes bríos
Que en el combate sobrepuja a todos
En arrojo, destreza i heroismo,

Guerrero, que ademas de su bravura,
Dispone al perorar de tanto brillo
Que al auditorio a su capricho encanta,
I lo puede arrastrar a su albedrío.

Se distingue tambien entre los suyos
Por ser de todos el señor mas rico,
Por sobrio en el beber, i porque trata
Con marcada piedad a los cautivos.

Por eso lo veneran e idolatran
Como al jenio del bien los pueblos indios,
I por eso su voz siempre elocuente
Puede en los suyos operar prodijios.

Es el otro, lector, ¡ai! es el otro
Se resiste a nombrarlo el labio mio
Porque a todo traidor debe el silencio
Ahorrarle mengua en los futuros libros.

Pero ¡ai! probado está que es imposible
Que prescinda la historia del inícuo
Que vilipendie lo mas noble i santo
Por salvar a su nombre del olvido.

O bien del otro que sus armas vuelve
Con salvaje rencor contra el bendito
Hogar de amor en que rodó su cuna
Al grato son de los maternos himnos.

Por eso, lector caro, Benavides,
Como Erostrato en los pasados siglos
En la historia figura, donde solo
Debiéranse inscribir los hombres dignos.

Si Guttemberg al inventar la imprenta,
Hubiera meditado en esto mismo,
¡Ai! quien sabe, lector, si por tu dicha,
No estuvieras leyendo desatinos.

Porque de fijo Guttemberg hubiera
Muerto sin revelar tanto prodijio,
Para no eternizar al hombre pérfido,
I a olvido relegar tantos escritos.

Es, pues, lector, Vicente Benavides
El que llega en union del valiente indio,
Ante cuya presencia los guerreros
Con solícito afan abren camino.

Detuvo Tucapel su altiva planta
Del ancho bosque en el mejor recinto,
I a la brillante luz de varios fuegos,
Estas palabras a los indios dijo:

“Valientes araucanos: el objeto
Que nos reune en este ameno sitio,
Mui bien lo comprendéis: se trata solo
De arrancar nuestro hogar al enemigo.

“A esos hombres infames que nos hablan
De un Dios todo bondad, todo cariño,
Cuando el único Dios que ellos adoran
Del oro es el facinante brillo!

“I no lo buscan, nó, para dar campo
Ni a la santa virtud, ni al heroismo;
Esos malditos hombres que detesto;
Lo buscan sí para saciar sus vicios.

“Ha largos años que los hombres blancos,
Que manejan el rayo a su capricho,
Arrasan sin piedad nuestros poblados,
I matan con crueldad a nuestros hijos.

“¿Para tal condicion, en maldita hora,
Vimos del sol el deslumbrante brillo?
¿Para tal condicion en nuestras venas
Jermina sin cesar el patrotismo?

“¡Ah! nó, guerreros, de romper el yugo
El momento llegó, todos unidos,
Al concluir esta luna, atacaremos
Con ímpetu feroz al enemigo!

“Pero ¡ai! del triste que la espalda vuelva
Al sentir de los rayos el rujido,
Porque de pasto servirá a los cuervos
En el lugar de su temor testigo!

“Arriba, pues, arriba, guerreros araucanos,
Unidas nuestras fuerzas no hai nada que temer,
Bien sea a la victoria, bien a la muerte sea,
Maldito el que no corra llamándolo el deber!

“Arriba, pues, valientes, i guerra a muerte, guerra,
A todos los verdugos que incendian nuestro hogar,
I si ellos nos predicen: “esclavitud, cadenas,”
Nosotros batallando gritemos: “libertad!”

Tal dijo Tucapel, luego en consejo
Con Benavides i demas caciques,
Discutieron el plan del recio ataque
Que concertaban para verse libres.

LA CAUTIVA.

¡Ai! triste de la bella
Que abandonada i sola,
Suspira su querella
Con ayes de affixion,
I a ella nadie llega
Para enjugar su llanto,
El llanto en que se anega
Su amante corazon.

¡Ai! triste de la hermosa
A quien gratos recuerdos
De vida deliciosa
Persiguen sin cesar,
Sabiendo que esa dicha
De plácida memoria,
Por su fatal desdicha,
Jamás ha de tornar.

Más triste, si medrosa
Se finje mil fantasmas
Que siembran pavorosa
La muerte por do quier,
I aun más si en lontananza
Cree ver un fuego rápido,
Talandó cuanto alcanza
Con su guadaña cruel.

Cerca del bosque en que tuvo
Tucapel la conferencia,
Bordadas de lindas flores
Se extienden unas praderas

Donde los zorzales cantan,
Donde gorjea la tenca,
Donde corre el potro altivo,
I donde paca la oveja.

Allí los arroyos saltan
Como una lluvia de perlas,
Allí las brisas que cruzan
Rócian los campos de esencia.

Sobre esos brillantes prados
Un ancho toldo se eleva,
Cubierto con ricas pieles,
Techado de enredaderas.

A la entrada de esta choza,
Solitaria i pintoresca
Suspira vertiendo lágrimas
Una mujer harto bella.

¿Por qué suspira? ¿Qué siente
Tan simpática belleza?
¿Lloran talvez desengaños
Sus pupilas hechiceras?

¡Bien puede ser! ¿Quién no llora
Por algo sobre la tierra?
¿Quién es aquel tan feliz
Que solo alegrías cuenta?

Donde se fragua la intriga,
Donde sufre la inocencia
Al peso de la calumnia,
Donde jermína la guerra,

Donde la honradez sucumbe,
Donde al fraude se respeta,
Donde todo se derriba
Tratándose de riquezas,

Donde al pobre de talento
Con altivez se desprecia,
Donde el amor ya no existe
Sin el interes a cuestras,

No es extraño que las lágrimas
En abundancia se vean,
No es raro, nó, que se escuchen
Del sufrimiento las quejas.

Mas ¡ah! ¿quién es aquel que se aproxima
A galope tendido hácia la bella?
¿Qué májico poder tiene sobre ella
Que ésta al mirarlo de placer se anima?

¿Será su esposo fiel? ¿Será su amante?
¿O tan solo será su mensajero?
Mas, espera, lector, como yo espero
I nuestra duda cesará al instante

¡Llegó ya! ¿Lo ves bien? Hácia la bella
Con marcado placer se precipita,
—Salud, mi dulce bien, el jóven grita.
—Salud, gran Tucapel, le responde ella.

Despues de así saludarse
Con satisfaccion extrema,
El valiente Tucapel
A su adorada contempla.
Mas, notando en su semblante
Del pesar las tristes huellas,
Le dirige estas palabras
De la manera mas tierna:

TUCAPEL.

— ¿Aun te asaltan, alma mia,
Recuerdos que te atormentan?
¿Por qué lloras? ¿No te bastan
De mi cariño las pruebas?
¿No te basta ver rendido
A tus plantas hechiceras
Al hombre a cuyas miradas
Las tribus de Arauco tiemblan?
¿No te alegran, alma mia,
Las bellísimas praderas
Que borda para halagarte
La feraz naturaleza?
De las tribus mas valientes
Que ha soportado la tierra
¿No te basta, no te basta,
Ser, dulce Elena, la reina?
¿Qué anhelas? Manda, no hai cosa
Que yo por por tu amor no emprenda
Que dos deseos tan solo
En mi corazon se encierran:
El uno nació conmigo
I arde aquí como una hoguera, (*mostrando el corazon*)
El otro nació al mirarte
Tan candorosa i tan bella.
Es el primero, la muerte
De los que nos hacen guerra,
I es el segundo, mirarte
Siempre feliz i contenta.
Habla, pues por complacerte
Volaria a las estrellas
I tu frente delicada
Yo ceñiria con ellas.

ROSENDO CARRASCO.

(Continuará.)



JUAN SOLDADO.

Erase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, i se volvió a reenganchar por otros ocho, i despues por otros tantos.

Cuanto hubo cumplido estos últimos, ya era viejo i no servia ni para rancharo, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan i seis maravedís que alcanzaba de su haber.

—¡Pues dígoles a Ud., pensó Juan Soldado cojiendo la vereda, que me ha lucido el pelo! ¡Despues de veinticuatro años que he servido al rei, lo que vengo a sacar es una libra de pan i seis maravedís! Pero anda con Dios: nada adelanto con desesperarme sino el criar mala sangre.

I siguió su camino cantando:

La boca me huele a rancho
I el pescuezo a corbatin,
Las espaldas a mochila,
I las manos a fusil.

En esos tiempos andaba Nuestro Padre Jesus por el mundo, i traia de lazarillo a San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, i San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

—¿Qué he de dar yo, le dijo Juan Soldado, yo que despues de veinticuatro años de servir al rei, lo que he ajenciado no es mas que una libra de pan i seis maravedís?

Pero San Pedro, que es porfiado, insistió.

—Vaya, dijo Juan Soldado, aunque despues de servir al rei veinticuatro años solo tengo por junto una libra de pan i seis maravedís, partiré el pan con Uds.

Cojió la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos, i se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor i San Pedro, el que le volvió a pedir limosna.

—Quiéreme parecer, dijo Juan Soldado, que les he dado *nántes* a Uds., i que ya conozco esa calva; ¡pero anda con Dios! aunque despues de veinticuatro años de servir al rei solo tengo una libra de pan i seis maravedís, i que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con Vds.—Lo que hizo, i en seguida se comió su parte para que no se la volviesen a pedir.

Al ponerse el sol se halló por tercera vez con el Señor i San Pedro, que le pidieron limosna.

—Sobre que juraria que ya les he dado a Uds., dijo Juan Soldado; ¡pero anda con Dios! aunque despues de servir al rei veinticuatro años, solo me he hallado con una libra de pan i seis maravedís, repartiré éstos como repartí el pan.

Cojió cuatro maravedís, que le dió a San Pedro, i se quedó con dos.

—¿Dónde voi yo con un ochavo? dijo para sí Juan Soldado: no me queda mas que ayuncar al trabajo i echar el alma si he de comer.

—Maestro, le dijo San Pedro al Señor, haga Sn Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al rei i no ha sacado mas que una libra de pan i seis maravedís, que ha repartido con nosotros.

—Bien está, llámalo i pregúntale lo que quiere, contestó el Señor.

Hízolo así San Pedro, i Juan Soldado, despues de pensarlo, le respondió que lo que queria era que en el morral que llevaba vacío, se le metiese aquello que él quisiese meter en él: lo que le fué concedido.

Al llegar a un pueblo, vió Juan Soldado en una tienda unas hogazas de pan mas blancas que jazmines, i unas longanizas que decian comedme.

—¡Al morral! gritó Juan Soldado en tono de mando; i cáteme Ud. las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, i las longanizas arrastrándose mas súpitas que culebras, encaminarse hácia el morral sin perder la derecha. El montañes dueño de la tienda, i el montañuco su hijo, corrian detras, dando cada trancazo que un pié perdía de vista al otro; pero ¿quién los atajaba si las hogazas rodaban desatinadas como chinas cuesta abajo, i las longanizas se les escurrian entre los dedos como anguilas?

Juan Soldado, que comia mas que un cáncer, i aquel día tenia mas hambre que Dios paciencia, se dió un hartagon de los cumplidos, de los de no puedo mas.

Al anochecer llegó a pueblo; como era licenciado del ejército tenia alojamiento, por lo cual se encaminó al ayuntamiento para que le diesen boleta.

—Soi un pobre soldado, señor, le dijo al alcalde, que despues de veinticuatro años de servir al rei, solo me hallé con una libra de pan i seis maravedís que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si queria lo alojaria en una hacienda cercana, a la que nadie queria ir, porque habia muerto en ella un condenado, i que desde entónces habia asombro; pero que si él era valiente i no le temia al asombro, podia ir, que allí hallaria de cuanto Dios crió, pues el condenado hadia sido mui riquísimo.

—Señor, Juan Soldado ni debe ni teme, contestó éste, i allá voi a encamparme en un decir tilin.

En aquella posesion se halló Juan Soldado, el centro de la abundancia: la bodega era de las famosas, la despensa de las bien provistas, i los soberados estaban atestados de frutas.

Lo primero que hizo a prevencion por lo que pudiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que a los borrachos se les tapaba la vena del miedo; en seguida, encendió candela i se sentó a ella para hacer unas migas de tocino.

Apénas estaba sentado, cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea i decia:—¿Caigo?

—Cae si te da gana, respondió Juan Soldado, que ya estaba pinton con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho i espalda; que el que ha servido veinticuatro años al rei sin sacar mas que una libra de pan i seis maravedís, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó a la mismita vera suya la pierna de un hombre: a Juan Soldado le dió un espeluzo que se le erizaron los vellos como el pelo a un gato acosado; cojió el jarro i le dió un testarazo.

—¿Quiéres que te entierre? le preguntó Soldado.—La pierna dijo con el dedo del pié, que nó.

—Pues, púdrete ahí, dijo Juan Soldado.

De allí a nada volvió a decir la misma voz de *denantes*:

—¿Caigo?

—Cae si te da gana, respondió Juan Soldado, dándole un testarazo al jarro; que quien ha servido veinticuatro años al rei, no teme ni debe.

Cayó entónces al lado de la pierna su compañera. Para acabar presto, de esta manera, fueron cayendo los cuatro cuartos de un hombre, i por último la cabeza, que se apegó a los cuartos i entónces se puso en pié en una pieza, no un cristiano, sino un espectáculo fiero, como que era el mismísimo condenado en cuerpo i alma.

—Juan Soldado, dijo con un vocejon que helaba la sangre en las venas; ya veo que eres un valiente.

—Sí, señor, respondió éste; lo soi, no hai que decir, ni hartura ni miedo ha conocido Juan Soldado en la vida de Dios: pues, apesar de eso, ha de saber su mercé, que en veinticuatro años que he servido al rei, lo que he venido a sacar, ha sido una libra de pan i seis maravedís.

—No te apesadumbres por eso, dijo el espectáculo, pues si haces lo que te voi a decir salvarás mi alma, i serás feliz; ¿quieres hacerlo?

—Sí señor, sí señor, mas que sea lañarle a su mercé los cuartos para que no se le vuelvan a desperdigar.

—Lo malo que tiene, dijo el espectáculo, es que me parece que estás borracho.

—Nó señor, nó señor, no estoi sino calomelano, pues ha de saber su mercé que hai tres clases de borracheras: la primera, es

de escucha i perdona; la segunda, es de capa arrastrando; i la tercera, de medir el suelo: yo no he pasado de escucha i perdona, señor.

—Pues sígueme, dijo el espectáculo.

Juan Soldado, que estaba peneque, se levantó haciendo su cuerpo para aquí para allá, como santo en andas, i cojió el candil; pero el espectáculo alargó un brazo como una garrocha i apagó la luz.—No se necesitaba, porque sus ojos alumbraban como dos hornos de fragua.

Cuando llegaron a la bodega, dijo el espectáculo:

—Juan Soldado, toma una azada i abre aquí un hoyo.

—Abralo Ud. con toda su alma si le da la gana, respondió Juan Soldado, que yo no he servido veinticuatro años al rei sin sacar mas provecho que una libra de pan i seis maravedís, para ponerme ahora a servir a otro amo que puede que ni eso me dé.

El espectáculo cojió la azada, cavó i sacó tres tinajas, i le dijo a Juan Soldado:

—Esta tinaja está llena de cuartos, que repartirás a los pobres; esta otra está llena de plata, que emplearás en sufragios para mi alma; i esta última está llena de oro, que será para tí si me prometes emplear el contenido de las otras segun lo he dispuesto.

—Pierda su mercé cuidado, respondió Juan Soldado; veinticuatro años he estado cumpliendo con puntualidad lo mandado, sin sacar mas premio que una libra de pan i seis maravedís; con que ya ve su mercé si lo haré ahora en que tan buena recompensa me *apromete*.

Juan Soldado cumplió con todo lo que le encomendó el espectáculo, i se quedó hecho un usía mui considerable, con tanto oro como habia en su tinaja.

Pero a quien le supo todo lo acaecido a cuerno quemado, fué a Lucifer, que se quedó sin el alma del condenado por lo mucho que por ella rezaron la Iglesia i los pobres, i no sabia cómo vengarse de Juan Soldado.

Habia en el infierno un Satanasillo mas ladino i mas astuto que ninguno, que le dijo a Lucifer que él se determinaba a traerle a Juan Soldado.

Tuvo de esto tanta alegría el diablo mayor, que le *premetió* al chico si le cumplia lo ofrecido, regalarle una jarapada de moños i de dijes para tentar i pervertir a las hijas de Eva, i una multitud de barajas i de pellejos de vino para seducir i perder a los hijos de Adan.

Estaba Juan Soldado sentado en su corral, cuando vió llegar mui diligente al Satanasillo, que le dijo:

—Buenos dias, señor don Juan.

Me alegro de verte, monicaquillo. ¡Qué feo eres! ¿Quieres tabaquear?

—No humo, don Juan, sino pajuelas.

—¿Quieres echar un trago?

—No bebo sino agua fuerte.

—Pues entónces ¿a qué vienes, alma de Cain?

—A llevarme a su mercé.

—Sea en buena hora. No tengo dificultad en ir contigo. No he servido yo veinticuatro años al rei para tocar retirada ante un enemiguillo de mala muerte como tú. Juan Soldado ni teme ni debe, ¿estás? Mira, súbete en esa higuera que tiene brevas tamañas como hogazas de pan, miéntras yo voi por las alforjas, porque me se antoja que la vereda que vamos a andar es larga.

Satanasillo, que era goloso, se subió en la higuera i se puso a engullir brevas, entre tanto que Juan Soldado fué por su morral, que se colgó, i volvió al corral gritando al Satanasillo: ¡Al morral!

El diablo chico, pegando cada hipío que asombraba, i haciendo cada contorsion que metia miedo, no tuvo mas remedio que colar en el morral.

Juan Soldado cojió un dique de herrero i empezó a sacudir trancazos sobre el Satanasillo, hasta que le dejó los huesos hechos harina.

Dejo a la consideracion del noble auditorio el coraje que tendria Lucifer, cuando vió llegar a su presencia a su Benjamin, a su ojito derecho, todo derrengado i sin un hueso que bien lo quisiese en su cuerpo.

—¡Por los cuernos de la luna! gritó, aseguro que ese descarado hampon de Juan Soldado me las ha de pagar todas juntas; allá voi yo por él en propia persona.

Juan Soldado, que se aguardaba esta visita, estaba prevenido i tenia colgado su morral, así fué que apénas se presentó Lucifer echando fuego por los ojos i cohétes por la boca, plantósele Juan Soldado delante con muchísima serenidad, i le dijo:

—Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe, para que lo sepas.

—Lo que has de saber tú, fanfarron tragaldabas, es que te voi a meter en el infierno en un decir Satan, dijo bufando Lucifer.

—¿Tú a mí? ¿tú a Juan Soldado? ¡fácil era! Lo que tú no sabes, compadre Soberbia, es que quien te va a meter el resuello para adentro, soi yo.

—¡Tú, vil gusano terrestre!

—Yo a tí, gran fantasmon, en un morral te voi a meter, a tí, a tu rabo i a tus cuernos.

—Basta de jactancias, dijo Lucifer alargando su gran brazo, i sacando sus tremendas uñas.

—¡Al morral! exclamó en voz de mando Juan Soldado.

I por mas que Lucifer se repercutó, por mas que se repeló, se defendió i se hizo un ovillo, por mas que bramó, bufó i ahulló, al morral fué de cabeza sin que hubiese tu tia.

Juan Soldado trajo un mazo, i empezó a descargar sobre el morral cada taramazo que hacia hoyo, hasta que dejó a Lucifer mas aplastado que un pliego de papel.

Cuando se le cansaron los brazos, dejó ir al preso, i le dijo:

—Mira que ahora me contento con esto: pero si te atreves a ponérteme delante, gran sinvergonzon, tan cierto como que he servido al rei veinticuatro años sin haber sacado mas que una libra de pan i seis maravedís, que te arranco la cola, los cuernos i las uñas, i veremos entónces a quién metes miedo. Estás prevenido.

Cuando su corte infernal vió llegar al diablo mayor, lisiado, tallido, mas trasparente que tela de tamiz i con el rabo entre piernas como perro despedido a palos, se pusieron todos aquellos ferósticos, a echar sapos i culebras.

—Despues de esto ¿qué hacemos, señor? preguntaron a una voz.

—Mandar venir cerrajeros para que hagan cerrojos para las puertas, albañiles para que tapen bien todas las rajadas i boquetes del infierno, a fin de que no entre, no cuele ni aporte por aquí el gran insolenton de Juan Soldado, les respondió Lucifer.

Lo que al punto se hizo.

Cuando Juan Soldado conoció que se le acercaba la hora de la muerte, cojió su morral i se encaminó para el cielo.

A la puerta se halló con San Pedro, que le dijo:

—¡Hola! bien venido: ¿dónde se va, amigo?

—Toma, respondió mui fantasioso Juan Soldado, a entrar.

—¡Eh, párese Ud., compadre, que no entra cada quisque en el cielo como Pedro por su casa! Veamos ¿qué méritos trae Ud?

—Pues no es nada, respondió Juan Soldado mui sobre sí: he servido veinticuatro años al rei, sin sacar mas recompensa que una libra de pan i seis maravedís. ¿Le parece a su mercé poco?

—No basta, amigo, dijo San Pedro.

—¿Que no basta? repuso Juan Soldado dando un paso adelante: veremos.

San Pedro le atajó el paso.

—¡Al morral! mandó Juan Soldado.

—Juan, hombre, cristiano, ten respeto, ten consideracion.

—¡Al morral! que Juan Soldado ni teme ni debe.

I San Pedro que quiso, que no, tuvo que colar en el morral.

—Suéltame, Juan Soldado, le dijo, considera que las puertas del cielo están abiertas i sin custodia, i que puede colarse allí cualquiera alma de cántaro.

—Eso era cabalmente lo que yo queria, dijo Juan Soldado entrándose adentro mui pechisacado i cuellierguido: pues diga Ud., señor don Pedro, ¿le parece a su mercé *regular* que despues de veinticuatro años de servir al rei allá abajo, sin haber sacado mas que una libra de pan i seis maravedís, no halle yo por acá arriba mi cuartel de inválidos?

FERNAN CABALLERO.



MESA REVUELTA.

¡SIEMPRE CREÍ!

EL MENSAJERO DEL PUEBLO de Montevideo transcribe la poesía titulada “¡Siempre creí!” de nuestro colaborador i amigo Juan Zorrilla de San Martín, i recomienda su lectura en estos merecidos términos:

“Con sumo placer transcribimos hoi en la sección *Varietades* la bella poesía de nuestro compatriota i amigo el jóven Juan Zorrilla.

“Esta composición, además de revelar las dotes que hacen esperar del jóven estudiante un poeta, expresan los sentimientos sinceros de su fé católica.

“Reciba el jóven amigo nuestras felicitaciones.”

ESTO ES DE VERAS.

Cuéntase que el afamado actor Maiquez, que era un furioso aficionado a toros, i que por lo tanto se colocaba en los asientos mas cercanos a la arena, estaba un dia, segun la costumbre de los aficionados, llenando de denuestos e insultos a un picador, para obligarle a que contra toda regla i prudencia se fuese al toro, hasta que exasperado aquel, volvió la cara i le dijo:

—¡Señor Maiquez, esto es de veras!

RECIBIR SIN PEDIR.

Una señora rezaba de noche sus oraciones con su criada, concluyéndolas con una en que le pedia al Señor descansado sueño. La criada, por mas que se lo reprendia su ama todas las noches, se quedaba dormida al fin del rezo. Una noche, le dijo impaciente la señora a llegar a esta oracion, viéndola dormida:

—Lo que es esta oracion no hai para qué las reces.

—Para que vea Ud., contestó adormitada la muchacha, lo buena que soi, que Dios me concede las cosas sin que se las pida.

QUÉDATE CON ELLA.

Un jitano fué a confesar, i miéntras confesaba vió en la manga del fraile una caja de plata, i se la robó.

—Acúsome, padre, dijo en seguida, que he robado una caja.

—Pues, hijo, es preciso que la restituyas.

—¿La quiere Ud., padre?

—Yo, no, respondió el confesor.

—Es, prosiguió el jitano, que se la he ofrecido a su dueño, i no la quiere.

—Pues entónces quédate con ella, respondió el padre.

LLEGAR A BUENA HORA.

Encaminábase uno a galope tendido hácia un lugar con objeto de oír misa, i encontrándose a otro que venia del pueblo, le preguntó:

—¿Alcanzaré la misa?

—Si sigue Ud. a ese paso, contestó el interrogado, de seguro la va a dejar atras.